

85 AÑOS

Acción Católica: DE PASIÓN Y SERVICIO

Capítulo 1.

El amanecer de una idea

Hacia mediados del siglo XIX aparece en la Iglesia un fenómeno desconocido hasta entonces, que surgió casi simultáneamente en diversas partes de Europa. Se trataba de un despertar del sentimiento de defensa popular y social de la Iglesia y del Catolicismo ante los avances descristianizadores del liberalismo, de la masonería, del socialismo y del comunismo. El laicado asumía un papel más activo, prácticamente ausente en tiempos anteriores. La Iglesia no siempre había sabido interpretar los signos de los tiempos, de modo tal que en más de una oportunidad quedó atada al régimen que representaba al orden establecido. Sin capacidad profética, no supo rescatar elementos dignificadores del hombre o de legítimo progreso presentes en algunas manifestaciones históricas o corrientes de pensamiento. Muchas ideologías y movimientos populares asumieron un marcado tono antirreligioso.

En el año 1848 apareció el “Manifiesto del Partido Comunista” de Carlos Marx, y se propagaron los movimientos revolucionarios a casi todas las naciones de Europa. Ese año también estalló la revolución en Roma que obligó a huir a Pío IX de los Estados Pontificios.

Al contexto de un fuerte laicismo se unía algunas urgentes necesidades pastorales, como las derivadas de la insuficiencia de clero. Había que organizar a los laicos en una línea de acción apostólica vital. Surgen por un lado figuras seculares que hacen apología del catolicismo y defensa de la fe¹. Por otro lado, a impulsos de Pío IX van surgiendo en casi toda Europa una especie de confederaciones de todas las asociaciones católicas: La Asociación de Católicos de España, la Katholischer Verein en Alemania, la Union Catholique en Bélgica, la Catholic Union en Inglaterra, la Ligue Catholique pour la défense de l’Eglise en Francia, y otras.

Empezaba a cobrar nueva forma la participación de los laicos en la Iglesia.

El camino a la Acción Católica

Pío IX (1846-1878) expresó insistentemente su afán de que los seculares se unieran y organizaran para “el apostolado”, llamado también presente en los escritos del Concilio Vaticano I².

¹ Chateaubriand, De Maistre, Lacordaire, Görres, Donoso Cortes, el equipo del periódico “L’Avenir”, Montalembert, O’Connell, Windthorst y muchos otros.

² Vaticano I: sesión II, const.dogmática Dei Filius: “Suplicamos encarecidamente por las entrañas de Jesucristo a todos los fieles y principalmente a los que mandan o tienen cargo de enseñar, y aún les



Las Uniones de Católicos comienzan a celebrar Congresos a escala nacional o internacional. En Italia en 1874 se realizó el I Congreso Nacional de Católicos Italianos, promovido por la Gioventú Católica Italiana. En 1875, en la celebración del II Congreso se acordó que se hicieran ese tipo de reuniones en forma organizada y programada. Surgió así la “Opera dei Congressi e dei Comitati Cattolici”. En Francia surgirá en 1871 la “Unión des Oeuvres”, cuya finalidad definirá Veuillot como la colaboración de los seglares con el clero bajo la dirección de la Jerarquía por el reino de Cristo y la salud social.

A través de esta “Obra de los Congresos” se percibe la necesidad de programar la actividad apostólico-pastoral de los seglares y de integrar sus fuerzas en una unidad de acción. Se intentaba oponer la visión cristiana al laicismo imperante en la sociedad. No siempre se lograron frutos, pero comenzó a tomar cuerpo la idea de la actividad de los laicos para informar cristianamente el orden temporal. Pío IX tomó nuevamente la iniciativa, encomendando el 25 de septiembre de 1876 al Comité Permanente de la Obra de los Congresos de Italia organizar más y mejor la acción común de los católicos bajo la dirección de los Obispos “a modo de falange”³. Se comienzan a perfilar dos vertientes: una en el ámbito más específicamente temporal y otro como institución canónica dentro de la Iglesia.

León XIII prosigue con la terminología castrense usada por su predecesor: organizar a las fuerzas seglares en “falanges”, “como ejército”, para “pelear”, “luchar”, “vencer”, “defender”, “a manera de bien ordenado y cerrado escuadrón”. El Papa pide la unión de todas las fuerzas de las asociaciones de los católicos “bajo una sola dirección”, la de la jerarquía.

En nuestro país la Iglesia hizo suyo este llamado a coordinar el accionar del laicado. En una pastoral Colectiva del Episcopado del 20 de septiembre de 1902 señalan la riqueza que la Iglesia encuentra en “la variedad y hermosura de las instituciones que brotan de su seno

Reiterando esta necesidad, una circular colectiva del Episcopado Argentino señala pocos años después (el 5 de octubre de 1905) que *“para contrarrestar la acción de la impiedad que amenaza envolver nuestra República... debemos oponer la acción católica... Lo que SS Pío X, en su encíclica Certum Concilium del presente año enseña para Italia, conviene ponerlo en práctica entre nosotros, formando centros de acción católica y social en todas las diócesis”*.

En efecto, este Papa ya desde su primera encíclica “E supremi apostolatus cátedra” planteó el llamado al apostolado de los laicos: “No son, pues, sólo los sacerdotes, sino también los fieles todos sin excepción los que han de trabajar por los intereses de Dios y de las almas” (octubre de 1903). En Italia se habían producido importantes disidencias entre los católicos que pertenecían a la Obra de los Congresos. Pese a la intervención del Pontífice y a sus instrucciones

mandamos con la autoridad del mismo Dios y Salvador nuestro que trabajen con empeño y cuidado en alejar y desterrar de la Santa Iglesia estos errores y manifestar la luz purísima de la fe”.

³ El lenguaje y el concepto remiten a una acción defensiva, reivindicatoria de “los derechos de la religión y de la Iglesia”.

respecto de la “acción católica del laicado”⁴, la situación planteada lo llevó a disolver la Obra de los Congresos, proponiendo en su reemplazo la Unión Popular, más en el estilo de la Volksverein alemana. El programa imaginado lo hace explícito en su encíclica “Il fermo proposito”⁵. Allí indica que “el campo de la acción católica es anchísimo, pues ella no excluye de suyo absolutamente nada de cuanto en cualquier modo, directa o indirectamente, pertenece a la divina misión de la Iglesia..., no sólo en orden a la santificación de nuestra alma, sino también respecto de extender más y más el Reino de Dios en los individuos, en las familias y en la sociedad” (n. 3). Proponía una “institución de carácter general, que con el nombre de Unión Popular, está ordenada a juntar los católicos de todas las clases sociales, pero especialmente las grandes muchedumbres del pueblo...” (n.14). La organización en Italia quedó constituida en cuatro grupos⁶. En 1908 Pío X trató de coordinar los cuatro grupos y con sus Juntas Directivas formó la “Dirección General de la Acción Católica Italiana”. Ese mismo año nació la Unión de Mujeres Católicas.

Este modelo de asociación mixta, es decir, canónica por una parte y civil confesional católica por otra, con fines espirituales y temporales directos, se irá adoptando en forma similar en muchos otros países. Estamos ya en el pontificado de Benedicto XV (1914-1922).

Los pasos previos

El nuevo pontífice suprime al poco tiempo la citada “Dirección General de la Acción Católica Italiana” (25 de febrero de 1915) y dispone que la organización de las Uniones existentes “en paralelo” fuese de allí en más “concéntrica”. Se crea así la “Junta Directiva de la Acción Católica”, siendo presidida por el de la Unión Popular. Se buscaba de esta forma darle una “dirección programática” a todos los grupos. Esta Junta Directiva hizo surgir en los planos inferiores las Juntas Diocesanas y los Grupos parroquiales.

En ese tiempo se empieza el proceso de distinción entre las asociaciones confesionales (para la acción de los católicos) y las asociaciones apostólicas (la acción católica). Se disuelve la “Unión Económico Social” naciendo otras tres confederaciones independientes⁷. Se disuelve también la “Unión Electoral Católica” al nacer el Partido Popular Italiano. La actividad estrictamente política “se deja a la libre iniciativa de los ciudadanos”.

La distinción es cada vez más neta entre las asociaciones civiles que actúan en el orden temporal en forma directa y la “acción católica”, de naturaleza apostólica y personalidad canónica. En palabras del propio pontífice: “Nos quisiéramos no se olvidara que la Unión Popular es el agente principal de la Acción Católica. Si otras actividades pudieron brotar recientemente en diversos

⁴ Motu Proprio Fin dalla prima nostra encíclica, 18 de diciembre de 1903.

⁵ 11 de junio de 1905.

⁶ La Unión Popular (formación de las conciencias para lo temporal), la Unión Económico social (dirigía el movimiento social católico), la Unión Electoral Católica (encargada de asesorar a los católicos en las actividades electorales) y la Sociedad de la Juventud Masculina.

⁷ La Confederación Italiana de Trabajadores, la Confederación Cooperativa y la Confederación de la Mutualidad y Previsión.



campos, estas son solo arroyuelos salidos del río principal ... No afirmaremos que la acción católica sea obra tan sólo de la Unión Popular, pero las otras actividades a que acabamos de referirnos pueden dar lugar a la acción de los católicos, mas no a la acción católica propiamente dicha”⁸.

Respecto a cómo implementarlo (o más bien con quién implementarlo) resulta ilustrativo un discurso del Papa a la nobleza de Roma: *“Toda empresa supone acción, pero exige previamente consejo. Ahora bien: el consejo deben darlo aquellos que han recibido de Dios la superioridad de la ciencia y de los recursos, mientras que la acción parece corresponder a las masas trabajadoras y realizadoras. Según esto, ¿no tendríamos razón al afirmar que los agentes de propaganda deben reclutarse con preferencia entre los elementos que están en más íntimo contacto con el pueblo, mientras que, por el contrario los miembros del Consejo y de la Dirección de la Acción Católica deben ser elegidos en aquellas clases cuyos miembros tienen ascendiente entre los representantes de los demás por sus respectivas posiciones sociales, sus cualidades intelectuales y su patronato bienhechor?”* (5 de enero de 1921). Este discurso, inimaginable hoy en día, debe ser leído en su contexto histórico (hace 85 años!!) y en consideración del nivel cultural de aquel entonces⁹. Y así como el lenguaje militar ya citado no puede analizarse sin sentido histórico, no por ello estos mensajes dejan de traslucir una concepción de qué hacer y cómo frente a un mundo ganado por el laicismo. Muchos años habrían de pasar aún para que la Iglesia redefiniera su relación con el mundo, no ya desde la confrontación o la imposición de una nueva cristiandad sino desde el diálogo¹⁰.y una visión de Pueblo de Dios, donde la dignidad de las personas no reside en la clase social sino en la condición de hijo de Dios. Pero importa conocer estas ideas de época para interpretar muchas consignas, signos y símbolos propios de nuestra asociación en sus primeros años.

En sintonía con este movimiento universal, se organizó en nuestro país la Unión Popular Católica Argentina, siendo aprobados sus estatutos y constituida con una Pastoral Colectiva del 28 de abril de 1919. En ella se promulga la erección de la Unión popular *“después de haberla meditado paciente y detenidamente, y cuya finalidad declaramos prescindente en absoluto de toda intervención en la política orientada por entero a asegurar el éxito de los propósitos del catolicismo social”*. El llamado al laicado es vibrante: *“Los acontecimientos nos urgen, ni la oportunidad ni el tiempo admiten discusiones; la hora es de acción intensa y abnegada”* *“Por eso... os recordaremos que no es lícito al católico ser individualista y contentarse con el cultivo de las virtudes privadas... En la hora gravísima presente sería criminal la inercia, como también sobreponer el criterio particularista al bien común”*.

⁸ Alocución a la Unión Popular, 20 de abril de 1920.

⁹ Con similar concepto, en la Argentina los laicos elegidos para conformar los primeros cuadros dirigentes de la Acción Católica pertenecieron a la clase media alta y alta.

¹⁰ “Pero Nos parece que la relación entre la Iglesia y el mundo, sin cerrar el camino a otras formas legítimas, puede representarse mejor por un diálogo ... Esta forma de relación manifiesta, por parte del que la entabla, un propósito de corrección, de estima, de simpatía y de bondad; excluye la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, la vanidad de la conversación inútil” (Pablo VI, Ecclesiam Suam, 6 de agosto de 1964)

Buscando “la unificación de las fuerzas católicas sobre el modelo de las instituciones establecidas para Italia por la Santa Sede” el documento establecía las ramas que formaban la Unión: la Liga Argentina de Damas Católicas, la Liga Argentina Económico Social y la Liga Argentina de la Juventud Católica. En respuesta a la institución de la Unión Popular Católica Argentina, el papa Benedicto XV envió una carta al Arzobispo de Buenos Aires (22 de Junio de 1920) en la que dice que la noticia *“ha henchido nuestro ánimo de las mejores esperanzas por la suerte próspera de la Iglesia Argentina”* ya que tal Unión puede considerarse providencial, y espera que *“la acción católica ... ponga todo cuidado en mantenerse bajo la guía superior de la Iglesia, y beba sus principios en la pura y eterna fuente de la doctrina de la misma Iglesia”*.

Pío XI y el nacimiento de la Acción Católica:

Siendo Arzobispo de Milán, Aquiles Ratti (luego Papa Pío XI) dio origen el 21 de diciembre de 1921 al gran grupo que faltaba: los hombres de acción católica. Ya en el pontificado estableció su organización nacional a través de la Federación Italiana de Hombres Católicos.

La Unión Popular, de composición ciertamente heterogénea, terminó por disolverse. En su lugar el Papa constituyó el 30 de noviembre de 1922 la nueva “Junta Central de la Acción Católica Italiana”. Estaba integrada por las seis uniones nacionales: la Juventud Católica, los Universitarios Católicos, la Unión de Mujeres Católicas, la Juventud Femenina Católica, las Universitarias Católicas y la Federación Italiana de Hombres Católicos. Las seis organizaciones eran autónomas “en lo concerniente a la consecución de sus fines específicos, y especialmente a la formación, adiestramiento y aplicación de los asociados para el ejercicio de los deberes de la AC”, pero “la concurrencia de las Asociaciones a la consecución de los fines generales de la AC misma y su coordinación se realizarán bajo la guía superior de la Junta Central de la ACI”¹¹.

Pío XI dedicó a la Acción Católica, “uno de los pensamientos maestros de su pontificado”¹², un voluminoso desarrollo doctrinal. Seguramente no hay en la historia eclesial otro asunto que haya merecido tantos documentos pontificios en tan breve tiempo y debidos a un solo papa. A él se debe la definición clásica que expusiera en numerosas ocasiones: “esta colaboración de los fieles la hemos definido – no sin divina inspiración – como la participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia”¹³.

¹¹ Este modelo es el que se transporta a la Argentina. Se puede cotejar la transcripción casi textual de las citas mencionadas de los estatutos italianos en el Art. 8 de los antiguos Estatutos de la ACA.

¹² Cardenal Pacelli, Secretario de Estado, Carta al canónico Cardijn, 11 de enero de 1935.

¹³ Pío XI. Carta a Mons. Perdomo, Arzobispo de Bogotá y al episcopado de Colombia (14 de febrero de 1934).



En aquel entonces imperaba el concepto de la acción de los seglares como auxiliares del clero. Uno de los tratadistas más clásicos sobre la Acción Católica, Monseñor Luis Civardi, lo expresaba así: “La Acción Católica es participación, colaboración en el apostolado de la Jerarquía Eclesiástica. Hay por ende en la Iglesia dos apostolados distintos: el apostolado jerárquico, que es el principal, el verdadero y propio apostolado... y el apostolado laico, que es secundario, un auxiliar del primero. Los laicos militantes de la Acción Católica no deben por ende obrar de por sí. Su misión es simplemente la de ayudar a la jerarquía en todo lo necesario, en todo lo que pueden” (Manual de Acción Católica, parte I, capítulo primero). “Suele decirse que la Acción Católica es la *longa manus* de la Jerarquía Eclesiástica. Nada más apropiado que esta metáfora.” (Idem, capítulo tercero, III). Incluso varios años después, la Primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en su Documento final (Río de Janeiro, 1955) incluirá sus importantes consideraciones sobre la Acción Católica y otras formas de apostolado laico dentro del Título IV “Auxiliares del clero”. El Concilio clarificará el concepto de apostolado como actividad de todo el Cuerpo Místico (AA2), como participación en la misión salvífica de toda la Iglesia (LG33). El apostolado propio de los laicos sin embargo “admite varios tipos de relación con la Jerarquía, según las diferentes formas y objetos de dicho apostolado” (AA24). Si ese apostolado está dirigido a “la implantación de la Iglesia y el desarrollo de la comunidad cristiana” es lógico que la vivencia de la comunión eclesial (y por ende con los pastores) sea en un grado máximo, que es lo que le cabe a las asociaciones del tipo de la Acción Católica¹⁴. Desde estas categorías de apostolado de los laicos, ministerio y comunión, es posible reinterpretar hoy el sentido de aquella definición clásica.

En tanto en la Argentina, nuestros pastores advirtieron en una Carta Pastoral Colectiva del 1º de diciembre de 1928 que *“la asociación que fue en su tiempo creada para unir vuestras fuerzas, va a ser reorganizada, y un vigor nuevo y un empuje victorioso esperamos para la acción católica en nuestra Patria ... Esas reformas han sido sugeridas por una experiencia de largos años ... Se basan ellas en el concepto de la Acción Católica, cual ha sido definida por Nuestro Santo Padre Pío XI en varios importantes documentos”*.

En tiempos de la Unión Popular Católica Argentina, dirigida durante muchos años por Monseñor Miguel de Andrea, por iniciativa del entonces Nuncio Apostólico en la Argentina, Monseñor Felipe Cortesi, cuatro obispos resolvieron enviar a Roma un sacerdote de su diócesis para estudiar la novedad teológica

¹⁴ “La AC está llamada a desempeñar una forma singular de “ministerialidad” laical, tendiente a la *plantatio Ecclesiae* y al desarrollo de la comunidad cristiana, en estrecha unión con los ministerios ordenados” (Pablo VI, 25 de abril de 1977).

y pastoral que Pío XI realizaba para Italia y propiciaba en todo el mundo. Ellos fueron: el Pbro. Cornelio Vignati por Buenos Aires, el Pbro. Froilán Ferreira Reinafé por Córdoba, el Pbro. Silvino Martínez por San Juan de Cuyo y el Pbro. Antonio Caggiano por Santa Fe. La labor de difusión y promoción que estos sacerdotes realizarían luego en toda la geografía del país, particularmente Caggiano y Ferreira Reinafé, sería decisiva para el despegue y consolidación de la Acción Católica.

Con fecha 4 de febrero de 1931 el Papa Pío XI se dirigía al Episcopado Argentino expresando su satisfacción a los obispos por haber “determinado promover de nueva manera y con suma diligencia la así llamada Acción Católica”. Recordaba que ella “no es otra cosa sino la ayuda que prestan los seculares a la jerarquía eclesiástica en el ejercicio del apostolado”. Por ello, nobilísimo es su fin “puesto que coincide con la finalidad misma de la Iglesia: “La paz de Cristo en el reino de Cristo””. *Señalaba además la necesidad de preparar convenientemente al clero y a hombres selectos de entre los católicos, quienes hagan que la Acción Católica alcance un mejoramiento tal que responda al noble comienzo con que la habéis iniciado”. Destacaba la forma organizativa implementada que facilitaría la unión de los católicos, a través de “las juntas (según laudablemente se ha hecho ya en otras partes), esto es, una Junta que ha de ser como centro y cabeza de la nación, juntas diocesanas y juntas parroquiales, y todas conducentes a la unidad de toda la Acción Católica... y a reforzar la obediencia a la jerarquía eclesiástica”.*

Ya estaba todo dispuesto para comenzar oficialmente la asociación en la Argentina desde esta nueva matriz.

LINEA DEL TIEMPO

- Revoluciones liberales y Nacionalistas en Francia, Bélgica, Italia y Alemania
- 1848: Desarrollo de las ideas liberales en Europa, expansión y desarrollo de la revolución industrial, resurgimiento del imperialismo europeo. Nace el manifiesto del comunismo
- 1852-1880: Proceso de unidad en Italia y Alemania, Expansión colonial de Francia. Época Victoriana en Inglaterra. En América lucha entre conservadores y liberales.
- 1880-1916: Surgimiento de la Paz Armada. Segunda Revolución Industrial, Primera Guerra Mundial.



Los Papas: resumen de ideas antecedentes

Pío IX (1846-1878): Vislumbró la urgencia de organizar a los seglares. Por su impulso surgieron Uniones de Católicos por todo el mundo. En 1867 surge la Sociedad de la Juventud Católica Italiana.

León XIII (1878-1903): Proclama la obligación del apostolado de los católicos. Precisa que la dirección de tal apostolado es función de la jerarquía: Papa, obispo, párroco. Insiste en la unión de las asociaciones.

San Pío X (1903-1914): Insiste en diferenciar la naturaleza de las asociaciones apostólicas de laicos de los partidos políticos y dice: *“El campo de la acción católica es anchísimo, pues ella no excluye de suyo absolutamente nada de cuanto en cualquier modo, directa o indirectamente, pertenece a la divina misión de la Iglesia”*, considerando su parte más importante a la solución de la cuestión social.

Benedictino XV (1914-1922): Durante su papado se organizaron diversas instituciones italianas bajo la Junta Directiva de la Acción Católica. En 1920 señala con claridad la distinción entre la *“la acción católica propiamente dicha”* y otras actividades que pueden dar lugar a la acción temporal y civil de los católicos.

Pío XI (1922-1939): Considerado el patriarca de la AC, define el concepto y naturaleza de la Institución, proponiéndola a Cardenales y Obispos, también a través de encíclicas y cartas nos deja un legado doctrinal voluminoso y riquísimo que configura su expansión y crecimiento. *“Esta colaboración de los fieles la hemos definido –no sin divina inspiración- como la participación de los laicos en el Apostolado Jerárquico de la Iglesia”*. (14/02/34).

Porque hacer historia. Del artículo EL NACIMIENTO DE LA ACCION CATOLICA –Pbro. Ricardo Corleto. OAR. Asesor Nacional de la Acción Católica 2002-2006).

Frecuentemente, cuando se intenta presentar un análisis de la realidad, particularmente cuando tal análisis está ligado a un evento conmemorativo, se acostumbra anteponer al tema central algunas consideraciones de tipo histórico. Lamentablemente, no siempre se profundiza en el sentido que tiene hacer tal tipo de consideraciones, y tal vez por eso mismo, frecuentemente no pasan de ser consideraciones meramente superficiales; de hecho, en muchas publicaciones “se estila” anteponer un breve resumen del pasado antes de adentrarse en lo que “realmente se considera importante”. Sin pretender pronunciar la “última palabra” sobre el tema ni considerar todos los aspectos posibles, me propongo ampliar nuestra visión al respecto. Para ello intentaré desarrollar mi pensamiento como en una especie de “espiral” en el que, partiendo de los que podríamos considerar como una dimensión más “sociológica” vayamos profundizando hasta alcanzar una visión más estrictamente “teológica” e incluso “espiritual”¹⁵ de la historia, de nuestra historia institucional.

Desde un punto de vista meramente sociológico y humano el “hacer historia” (entendiendo por tal la actividad que nos impulsa a recoger la memoria del pasado) se nos presenta como una necesidad absoluta para toda institución humana. Desde esta perspectiva podríamos comenzar estableciendo una especie de ecuación de proporcionalidad y afirmar que “la historia es a las instituciones lo que la memoria es a los individuos”. Entonces, podríamos definir a la historia como la “memoria social”. Ahora bien, preguntémonos que le sucedería a un individuo si a causa de una grave enfermedad perdiera su memoria por completo, hasta el extremo de padecer una amnesia total; pensemos en alguien que olvidase su nombre y el de sus ancestros, que no pudiera recordar sus

¹⁵ Dentro de un marco más amplio, referido a la Historia de la Iglesia, he podido desarrollar algunos de estos pensamientos en sendos artículos. Sobre la dimensión teológica de la Historia de la Iglesia pueden encontrarse algunas sugerencias en el trabajo titulado *La formación teológica del historiador de la Iglesia* publicado en *Teología* 32 (1995) 227-234; y sobre su dimensión espiritual en la colaboración titulada *La dimensión espiritual de la Historia de la Iglesia*, publicado en la obra *Teología y espiritualidad. La dimensión espiritual de las diversas disciplinas teológicas*, dir. Víctor M. FERNÁNDEZ y Carlos M. GALLI, Buenos Aires: San Pablo, 2005, 177-191.



gustos y preferencias, sus inclinaciones naturales, las cosas que le repelen y, apurando bastante el ejemplo, olvidase cómo debe hacer incluso para vestirse o nutrirse; la respuesta es clara, de algún modo, tal persona dejaría de ser “ella misma”, o por lo menos dejaría de serlo de forma consciente y espiritual (conservando únicamente su identidad física). Una persona que padeciera tal especie de amnesia severa correría el grave peligro de “alterarse” y de “alienarse” (tal vez sea oportuno recordar que ambos conceptos, en definitiva, aluden a la experiencia de “dejar de ser uno mismo” para “convertirse en otra persona” *alter*, o “en otra cosa” *aliud*).

Es probable que hayamos conocido personas, tal vez dentro de nuestra propia familia, que padecen trastornos de la memoria; creo que es universal la experiencia de que tales enfermedades nos hacen sentir, “como si estuviéramos ante una persona distinta de la que siempre habíamos conocido”; y la persona afectada, frecuentemente se manifiesta como insegura de sí misma y en todo caso sin una visión clara de “hacia donde se dirige”.

Lo que decimos respecto al individuo, se aplica análogamente a cualquier tipo de comunidad humana. En la medida en que esa comunidad “pierde su memoria” se vuelve más frágil, menos auto-consciente e incapaz, por lo tanto de planear el rumbo que pretende seguir. Nada puede aprovecharle, ni las experiencias positivas ni las negativas. Una vez más se cumple aquí el viejo aforismo latino: “ningún viento es favorable para quien no sabe a qué puerto se dirige”¹⁶. Por el contrario, en la medida en que una comunidad es más consciente de su pasado, con sus aciertos y desaciertos, con sus momentos dolorosos y gozosos, es tanto más “dueña de sí misma”, es dueña de su presente y también de su porvenir; puede “proyectar” y “proyectarse” hacia el futuro, porque es consciente de sus posibilidades y límites; sabe qué decisiones la han llevado a opciones acertadas y cuáles han terminado en resonantes fracasos.

No en vano, y esto es históricamente demostrable, cuando un pueblo pretende dominar a otro, si quiere hacerlo de un modo eficaz, lo primero que procura es hacer olvidar su historia, sus tradiciones y su “modo de ser” a la nación a la que pretende sojuzgar. Un pueblo que olvida su historia ya está prácticamente derrotado. Considerada pues como “memoria social”, la historia es lo que les permite a los grupos humanos seguir siendo ellos mismos sin “alterarse”; es decir, sin convertirse en otra cosa distinta de lo que son, ni de perder la razón por la cual nacieron.

Más aún, cuanto más concientes somos de nuestro pasado, tanto mejor podemos comprender y analizar nuestro presente, y, como hemos dicho, con mayores posibilidades de acierto podemos planear nuestro

¹⁶ SÉNECA, *Epistulae Morales*, VIII, 71, 3: “Ignoranti quem portusm petat nullus ventus suus est”.

futuro. El conocimiento de nuestra historia no tiene por finalidad invitarnos a asumir una actitud “nostálgica”, ni a permanecer anclados en el pasado; sino que es la condición necesaria para poder “cambiar” sin dejar de ser nosotros mismos.

Desde este punto de vista podemos comprender la frase de Cicerón quien define a la historia como “testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de vida, heraldo del pasado”¹⁷.

¿Por qué hacer historia? Presupuestos teológico-espirituales

Si a partir de una consideración de tipo más sociológica pasamos a considerar a la historia desde una óptica más “teológica”, nuestro análisis crecerá en profundidad.

Para nosotros, los cristianos, el Dios de la Biblia no es un Dios que se rebela en el “mito”, sino en la historia. Los “hechos” que nos suceden como personas, como Institución y como Pueblo de Dios, junto con sus “palabras” son el “medio” a través del cual Dios nos rebela su designio y se nos “rebela a sí mismo”¹⁸; no en vano denominamos a la historia del Pueblo de Israel y a la historia de la Iglesia como “Historia de Salvación”. Ahora bien, nosotros, como Acción Católica somos una porción de ese Pueblo Santo y somos protagonistas de un segmento, breve –si lo comparamos con la historia total del Pueblo de Dios– pero no por eso intrascendente, ya que es el nuestro. Es “nuestra historia” aquella que nos permitirá descubrir a un Dios que ha planeado nuestra existencia desde toda la eternidad, que con amor nos ha hecho surgir en el seno de la Iglesia, que nos ha dado una específica “vocación”, y que, por lo tanto, nos ha confiado una misión concreta.

Dando un paso más, no debemos olvidar que la Acción Católica es una parte de la Iglesia. Tomando pie en las imágenes bíblicas que la Iglesia nos presenta para hablar de sí misma en el capítulo I de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II¹⁹, querría señalar que muchas de ellas pretenden hacernos tomar conciencia de la estrecha unión que existe entre Cristo y la Iglesia. “Apropiándonos” de esas imágenes, nosotros podemos decir que las mismas también nos hablan de la relación existente entre la Acción Católica –en cuanto parte de la Iglesia– y Cristo, su Señor. La Acción Católica es parte de ese Rebaño que es la Iglesia, cuyo Buen Pastor es Cristo²⁰, es una parcela del campo del Señor²¹, es una cepa fructuosa de la viña elegida por

¹⁷ CICERÓN, *De Oratore*, II, IX, 36.

¹⁸ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 26; 50-53; etc.

¹⁹ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, 6-7.

²⁰ Jn. 10, 11-15.

²¹ 1 Cor. 3, 9.



Dios²²; en esa viña nuestra relación con el Señor es la misma que existe entre la vid y los sarmientos²³, para usar la analogía joánica, o si usamos la comparación de San Pablo, la Acción Católica es uno de los miembros del Cuerpo de Cristo del cual el Señor es la Cabeza²⁴. Todas estas imágenes subrayan la íntima comunión que existe entre Cristo y nosotros como individuos y como Iglesia; y también la comunión que existe entre Cristo y nosotros como miembros de una misma Acción Católica, que es nuestro modo concreto de ser Iglesia. Manifiestan también el cuidado y el celo amoroso con el que Dios nos construye y nos protege cada día.

Considerada bajo este enfoque, la historia, nuestra historia, adquiere una nueva dimensión: Si la Iglesia es el Cuerpo de Cristo que atraviesa “historia” humana sembrando el Evangelio, y la Acción Católica es parte de ese Cuerpo de Cristo, tomar conciencia de nuestro pasado institucional, de las acciones de los hombres y mujeres que lo forjaron, no es otra cosa que adentrarnos en el misterio del paso de Cristo a través de los tiempos y lugares²⁵.

Retomando nuestra línea de pensamiento, podemos también realizar una comprensión espiritual de los momentos más luminosos y de los más dolorosos de nuestro pasado y de nuestro presente. Luces y sombras, pecado y gracia son, para nosotros, experiencias del Gólgota y del Tabor. Toda nuestra historia como Institución queda así recogida y redimida en la Encarnación, la Cruz y la Resurrección del Señor.

Desde esta óptica, pues, es que debemos analizar a continuación los “hechos” y “circunstancias” tanto sociales como eclesiales que sirvieron como marco al nacimiento de la Acción Católica.

TESTIMONIO

¡¡¡Gracias a Dios!!!

Por mi familia y por la JAC. Por la JAC y mi familia, las puertas de mi encuentro personal con Jesús. Y no sólo las puertas sino la **clave** en la cual me formé y en la cual procuré y procuro componer armoniosamente la melodía de la fe y la vida.

Eso -- ¡¡¡nada menos!!! -- le debo a la Acción Católica. En definitiva, haberme abierto el cauce – el encuentro con Jesús - y entregado herramientas – estilos, magnos ejemplos, -- para construir comunidad, para construir Iglesia. Eso me regaló el Señor en mi familia y en la parroquia: grandes ejemplos de vida. Fui, fuimos, en aquellos años finales del '40 y en la década

²² Mt. 21, 33-43.

²³ Jn. 15, 1-5.

²⁴ 1 Cor. 12, 12-26; Col. 1, 18.

²⁵ Ricardo Walter CORLETO, *La dimensión espiritual de la Historia de la Iglesia...*, 183-187.

siguiente, beneficiarios de aquello que años después diría con sabiduría ese gran pontífice que fue Pablo VI: esta época más que maestros necesita **testigos**. Y tuvimos lo uno y lo otro. A tantos y tantas le debemos agradecimiento por siempre!!! Desde las “señoras” (las Mujeres de Acción Católica) que nos recibían en esa suerte de antesala, de jardín de infantes eclesial, que derivaba en la bulliciosa sección de Aspirantes. Hasta tantos muchachos y chicas, hombres y mujeres, laicos y consagradas, sacerdotes y obispos. Tantos ejemplos de entrega, de disposición a vivir los valores del Evangelio, de ilación entre fe y vida, mostraban sin tapujos tanto las luces como las sombras de una Iglesia que aprendimos a amar.

¿Cómo no dar gracias por aquel ambiente en el que pudimos crecer? Cómo no dar gracias a Dios si, además, con el entusiasmo intacto y las ilusiones vírgenes, la primavera estalló en la Iglesia: llegó Juan XXIII, el Papa Bueno, y abrió de par en par las ventanas. Y fuimos parte de las generaciones del preconcilio y del Concilio Vaticano II.

Poblado estará este volumen de nombres y vidas como las que se agolpan en mi memoria, como las que siguen vivas en las huellas indelebles de mi propia personalidad, de mi forma de vivir y sentirme Iglesia. Un elenco de cristianos y cristianas, de discípulos – ojalá recuperemos pronto el sentido y el contenido de esa palabra – como el que con facilidad evocamos en instancias como esta y nos ayudan a no instalarnos en la mera nostalgia. Así como sucede, toda vez que el Señor nos congrega, a quienes tuvimos la gracia, el privilegio, de pertenecer a aquella parroquia Santa Rosa de Lima, de la arquidiócesis de Buenos Aires, en los tiempos del padre Rodolfo Carboni. (Entre ellas, Lita, mi esposa, con quien, ¡¡gracias a Dios!!, fundamos una familia que nos enorgullece).

Cuna de vocaciones laicales y consagradas, cuna de obispos y también de mártires fue aquella parroquia. Y lo fue también ¡y cómo! la Acción Católica. ¿Éxodo o entrega? ¿Decadencia o transformación? ¿Qué iniciativa laical, qué compromiso social, político, qué búsqueda por seguir con fidelidad a Jesús no abrevó en aquél modo de ser Iglesia?

El Jubileo de hoy nos interpela de otro modo. Llegamos a él desde distintas experiencias, miembros de una sociedad a la que sacudió la violencia y el desencuentro, la exclusión y la pobreza. Contemporáneos y no pocas veces protagonistas y aún artífices de una sociedad fragmentada e injusta, discípulos de Jesús y



miembros de la Iglesia, santa y pecadora, que pidió y pide perdón y que también ofrece signos de fragmentación e incapacidad para articularse y actuar en conjunto. Una Iglesia en la que suena hueco aquello de la unidad en la diversidad, en la que cada uno se siente cómodo en su propio guetto. Una Iglesia que transita un cambio de época.

Experimento la sensación casi física de que también nosotros estamos en transición: entre una forma de ser Iglesia que se extingue, y otra que se insinúa, se vislumbra, y que habrá de construirse en diálogo, en comunión.

“La Patria necesita algo inédito” se tituló uno de los documentos episcopales recientes e inédito fue, desde mi perspectiva, que a diferencia de otras épocas esta vez no sólo se denunció y se escribió. También aunque a tientas se intentó actuar en consecuencia.

Y si se habló del carácter profundamente moral de la crisis argentina, si se la calificó de histórica y de Terminal. Si se alertó sobre los ciertos riesgos de disgregación social y se denunció la marginación y la brecha escandalosa ¿qué otro compromiso podrían intentar asumir quienes nos identificamos con los valores del Evangelio y como seguidores de Jesús que trabajar por restablecer los vínculos sociales rotos?

El Jubileo nos interpela de otro modo y coincide --¡¡gracias a Dios, otra vez!!—con un tiempo privilegiado para la Iglesia en América latina, el de la preparación de la V Asamblea General de los obispos del continente.

Contribuir a poner a la Iglesia en estado de asamblea - ¿qué otra cosa significa esta preparación? - es invitar a esa experiencia, convertirla en el cauce para precipitar el surgimiento de otro modo de ser Iglesia.

Y para ayudar a construir algo diferente, necesitamos multiplicar espacios y dinamismos de escucha, apertura, reflexión, diálogo, asamblea y descentramiento, dejando de ver el mundo como el lugar de los males, para reconocerlo como el escenario complejo, pero privilegiado por la presencia del Espíritu. Se trata de reconfigurar las actuales prácticas pastorales y sociales en esta nueva clave. Un desafío propio del indelegable rol pionero que nos cabe a los laicos.

Una búsqueda que requiere de la recuperación de la confianza y del diálogo como instrumento invaluable, imprescindible. Del diálogo al interior de la Iglesia, en nuestras grandes y pequeñas comunidades. Del diálogo como el soñado y expuesto en Ecclesiam Suam que por sí solo clama por recrear las

condiciones conciliares que le dieron origen. Condiciones de libertad, de construcción de opinión pública, de romper guettos y prejuicios. ¿Cómo soñar con ofrecer el servicio de bregar por la justicia largamente esperada, exigencia para construir la paz; cómo ofrecernos a nuestra sociedad como casa de encuentro y lugar de diálogo, si no somos capaces de comenzar por la propia casa?

Pero claro que decir que el diálogo es el camino no significa que seamos capaces de **vivir el diálogo**.

Vivir el diálogo, experimentarlo en nuestro momento histórico, en la tradición de las asambleas latinoamericanas anteriores, dejará vislumbrar que ese nuevo modo ha de ser necesariamente ecuménico e interreligioso.

Se podrá así asumir dos desafíos fundamentales y decisivos, como ha dejado dicho entre nosotros el teólogo italiano Piero Coda:

* El de hacer resonar fuerte y alto como hombres y mujeres de fe, el llamado a reconocernos como hermanos.

* El de abrir juntos los oídos del corazón al grito de dolor que sube a Dios de decenas, centenares de millones de hombres y mujeres. Los creyentes han de encontrarse en ese grito, es decir, en el ponerse real e irrevocablemente del lado de quien se encuentra agobiado por la injusticia y la pobreza.

Jesús no mandó a hacer prosélitos, a conquistar seguidores de una religión, sino que fuéramos pescadores de hombres nuevos, testigos y constructores del Reino de Dios.

José Ignacio López. Periodista.



Antecedentes internacionales hasta el surgimiento en la Argentina